

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA PERLA DEL CIELO



Fernando Olavarría Gabler

23



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA PERLA DEL CIELO

Fernando Olavarría Gabler



LA PERLA DEL CIELO

Erased una vez, un agricultor, hijo de padres y abuelos agricultores.

Había heredado extensas tierras en los lindes de la región de Casablanca y durante generaciones sus dueños las habían dedicado a la ganadería.

Eugenio Correa, aún joven y soltero, vivía gran parte del año en su hacienda que administraba con éxito. Con tanto éxito que le sobraba tiempo el cual disfrutaba distrayéndose en la ciudad de Viña del Mar o pasando algunas noches alegremente en Santiago. Pero, a pesar de tener buenas amistades y de asistir a no pocas fiestas donde era cordialmente invitado, Eugenio padecía de soledad. Era huérfano de padre y madre y no tenía hermanos ni novia.

A veces, por sentirse el único heredero de todas esas extensas tierras, dedicaba la mayor parte de su tiempo a trabajar y esto no le permitía encontrar a su futura esposa.

Una tarde de invierno, mientras recorría en su caballo blanco uno de los caminos de la hacienda, en busca de animales que estaban en forraje, le llamó la atención el colorido del cielo.

El húmedo y barroso sendero recortado de negras ramas de espino, se contrastaba con un cielo luminoso, de un extraño colorido comparable al de una perla.

En medio del camino divisó un objeto marrón, que no era una piedra. Era un cofrecillo de madera que estaba con su tapa abierta.

Se apeó del caballo y recogió el cofrecillo. Había sido tallado delicadamente y su interior estaba tapizado por un suave terciopelo azul.

No hay duda - se dijo - que este cofre debió contener algo muy valioso ¿Qué podría haber sido? Pensativo, alzó la cabeza y observó nuevamente el extraño y maravilloso color del cielo. Sí. Probablemente guardaba una perla. Una magnífica perla. La perla del cielo.

Llevó el cofre a su casa y preguntó si a alguien le pertenecía el cofrecillo. Pero nadie sabía nada del pequeño cofre. Más aún, mandó recados a los dueños de tierras vecinas a su hacienda, incluso puso un aviso en la prensa. Pero ninguna persona se dio por aludida. La búsqueda se estaba transformando en obsesión. En realidad así era. Pensaba día y noche en el contenido del cofre y hasta soñaba con él. Su espíritu languidecía y su cuerpo empezó a sufrir. Comía poco, dejó de frecuentar a sus amistades y se retiró al interior de la mansión de su estancia a cavilar sobre lo que le estaba sucediendo, para así planificar algo que pudiera aliviar este triste estado de su espíritu.

Llegó a la conclusión que debería consultar a un psicólogo y éste, en varias sesiones de psicoanálisis, le manifestó que el símbolo de la perla, que le martirizaba tanto, era la imagen idealizada de una mujer que él andaba buscando y no podía encontrar.

LA PERLA DEL CIELO

Esta terapia lo conformó y calmó, pero no le solucionó el deseo no saciado de buscar y encontrar a esa mujer que amaba ahora conscientemente y con gran intensidad.

Tiempo después, cuando cabalgaba en su alazán por el sendero de espinos, divisó nuevamente el cielo con el mismo aspecto de ese día en que había encontrado el cofrecillo.

Sin titubear comenzó a remontar, a subir más y más por el sendero que lo llevaba hacia un alto cerro. Allí podría respirar la brisa pura y estar más cerca de las nubes de ese cielo que tanto lo atraía.

Cabalgó ascendiendo sin descansar. Atardecía, cuando se dio cuenta de que en ese día no iba a alcanzar la cima.

La fresca brisa se había transformado en un fuerte viento, casi huracanado y oscuras nubes invadieron el paisaje sin poder ver nada a su alrededor.

EL caballo relinchó, presintiendo el gran peligro en que se encontraban ambos. Llovía intensamente.

De pronto el paisaje cambió. Había dejado de llover. Entonces divisó una fortaleza de piedra negra que se proyectaba entre las nubes en un gran semicírculo. La veía nítidamente en el crepúsculo, entre los nubarrones después de la lluvia. Eugenio descubrió una escalinata que partía un poco más allá de donde estaba y terminaba en el castillo. Espoleó su caballo y éste, después de un lento y

cauteloso caminar llegó acezando arriba, a un pórtico solitario. Una imponente puerta de hierro les cerraba el paso hacia un sombrío patio mojado aún por el mal tiempo.

Todo era oscuridad, frío tenebroso y humedad en ese tétrico lugar. Ni una luz en el interior del castillo, ni un reflejo de algún cristal en las ventanas.

Nada.

Silencio.

Abajo. Muy abajo, se oía el rugir de las olas que chocaban contra una costa rocosa.

Eugenio estaba a tan gran altura que no se atrevía a mirar hacia las profundidades, e inclinándose hacia adelante hizo girar un poco a su caballo y se afirmó en los barrotes de la gran puerta de hierro. En esos momentos la puerta se abrió con el peso del cuerpo del animal.

El alazán y su jinete caminaron por el lúgubre patio y el ruido de los cascos resonaba en los pétreos muros en un ambiente pleno de soledad y misterio.

El patio terminaba en un gran arco y de allí partía un puente colosal, hecho de bloques de granito, que llegaba en su otro extremo a una empinada montaña cubierta de bosque.

Se oyó un formidable rugido y el caballo aterrorizado se paró en dos patas lanzando a Eugenio al suelo. Después, brincando y dando coses se alejó al galope y con un salto pasó por encima de la

LA PERLA DEL CIELO

baranda del puente y se perdió en la hórrida oscuridad.

Un viento caliente soplaba en la superficie del puente y alzó al adolorido Eugenio haciéndolo levitar en el aire. Llegó así flotando al otro extremo del puente donde había una puerta de rejas similar a la anterior.

Un inmenso dragón negro verdoso flotaba en el aire sobre el puente y su descomunal cabeza la lanzaba hacia adelante, luego, retrocediendo, plegaba todo su cuerpo como un gigantesco gusano.

-¿Qué buscas? - le preguntó a Eugenio - con un aullido ronco que provenía de sus entrañas. El aullido se proyectó en una especie de humo a través de las fauces abiertas.

-¿Qué buscas aquí humano desdichado?

-No te busco a ti - respondió Eugenio. Déjame pasar.

El gusano gigantesco se retorció, airado, plegándose y luego avanzó para devorar a Eugenio, pero éste con gran rapidez esquivó el ataque desplazándose velozmente hacia un lado y se mantuvo a cierta distancia, flotando siempre en el aire.

Entonces el dragón, sin poder avanzar más desistió en su anhelo de engullir a Eugenio y calmándose, le preguntó con una voz más suave, como de aburrimiento.

-Dime ¿has sido bueno allá abajo?

-Más o menos - le contestó Eugenio.

-¿Más más que menos o más menos que más?

-Más menos que más, pero a veces, más.

-¿Más, más? interrumpió el dragón.

-Más o menos, repitió Eugenio.

-¡En qué quedamos humano tonto!

-Yo te diría que pienses como quieras pero concédeme la entrada y no me dejes aquí estático flotando en el aire - respondió Eugenio.

-Bueno, dijo el dragón, bostezando. Pasa estúpido, pero no tutees a los dragones de mi estirpe porque es una raza respetable y muy poderosa, devoradora de mora, amorales e inmorales, indecisos y...

-¡Nada de eso! - exclamó Eugenio abriendo la reja con sus propias manos y pasó al lado del monstruo. En esos momentos el guardián de la antepuerta del cielo roncaba. Dormía profundamente. Eugenio, agradecido porque el dragón no se lo había engullido, decidió caminar en puntillas por el lado de él para no despertarlo y llegó a un sendero escarpado de la montaña boscosa.

Subió, subió. La niebla empezaba a invadir todo nuevamente, borrando los frondosos árboles de la empinada montaña.

Al final percibió una suave luz difusa que gradualmente aumentaba de intensidad a medida que avanzaba.

Los árboles habían desaparecido y el paisaje estaba formado ahora por enormes rocas. La luminosidad blanca provenía de la

nieve. Eugenio se encontraba casi en la cima de una maravillosa montaña que terminaba en un agudo pico y sobre ésta observó un palacio resplandeciente, como si estuviera tallado en el más puro de los cristales.

No cansaré al lector, describiendo las enormes dificultades que tuvo nuestro héroe hasta alcanzar las escalinatas transparentes del palacio. Solamente diremos que estuvo a punto de perder en tres ocasiones la vida al rodar por extensas superficies de nieve y hielo resbaloso, quedando casi a horcajadas sobre una filosa roca o colgando peligrosamente en una repisa. Pero Eugenio era fuerte y pudo recuperarse de estos percances.

Con sus ropas rotas y mojadas, cojeando por sus magulladuras, con las manos y rostro ensangrentados, llegó al final de la escalinata y allí su cuerpo adolorido olvidó todo sufrimiento al contemplar el espectáculo sorprendente que tenía ante sus ojos.

El interior del palacio estaba compuesto por una gran nave y otras dos laterales más pequeñas. Sus paredes relucientes carecían de ventanales porque ellas mismas emitían luz. Era una luz blanca, que no irradiaba calor ni sonido alguno.

Al fondo de la nave principal, había una especie de altar o proscenio y encima de éste, Eugenio divisó un trono, tan luminoso como las paredes del palacio. Era un trono con un respaldo altísimo ya que casi llegaba al cielo de la nave y de él salían múltiples agujas

transparentes de diferentes tamaños y altura como estalactitas o agujas góticas.

Sentada en el trono estaba una mujer.

Eugenio avanzó tambaleante, con curiosidad y algo de temor hacia ella y cuando llegó a la base del estrado, la mujer se puso de pie. Su hermoso y delicado cuerpo estaba cubierto por un fino vestido blanco que la cubría entera hasta los pies.

Sonreía.

Sus hermosos y grandes ojos azules despedían una bondad infinita y su rostro angelical, rodeado de una hermosa y larga cabellera rubia que caía más abajo de sus caderas, invitaba al visitante a hincar la rodilla y rendirle honores.

Eugenio cayó postrado ante esta fascinante visión de ángel.

Entonces la doncella bajó lenta y graciosamente las escalinatas que los separaban y parándose delante de él posó una delicada mano sobre su desgredada cabeza y le dijo:

-Eugenio. Esposo mío. Te estaba esperando

Eugenio permanecía trémulo de emoción y amor ante la bellísima mujer y solo atinó, como un inocente niño, a abrazarle las piernas con profunda devoción.

-Dios es testigo -murmuró - y cayó sin sentido.

Una semana después de haber desaparecido Eugenio Correa, apareció su alazán en uno de los potreros de la hacienda.

LA PERLA DEL CIELO

Aún llevaba la montura, y las riendas estaban rotas. El pobre animal parecía haber sufrido mucho y estaba extremadamente nervioso, pero de su amo no se encontraron rastros.

Pasaron los meses y tres años y a Eugenio Correa se le dio por muerto.

La hacienda fue rematada, porque no había herederos ni parientes lejanos.

Una noche sin luna e intensamente estrellada, unos leñadores que trabajaban monte arriba y que estaban preparando el té alrededor de la fogata, presenciaron una visión que consideraron sobrenatural.

Un puntiagudo cerro nevado cordillerano, brilló fuertemente en la cúspide de su cima.

Era un fulgor intenso que casi cegaba.

Esta luz se desprendió de la montaña y se elevó lentamente; después, a una velocidad increíble ascendió diagonalmente hacia las estrellas hasta confundirse con una de ellas y luego desapareció.

En su vertiginoso trayecto, el cielo se iluminó de la cordillera al mar, con un brillante y nacarado color gris perla que duró sólo unos efímeros instantes.

-Son cosas del Señor - comentaron los leñadores.

-Es una estrella que ha venido de allá arriba y ahora vuelve a su lugar.

Es una perla del cielo que se ha vuelto a engastar...

Este es el fin de la historia de la perla del cielo.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 **creative commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.